

**Baselga, el médico
que quería cambiar el mundo**

Josep
Corbella

Baselga,
el médico que
quería cambiar
el mundo

Navona

Primera edición

Febrero de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la sobrecubierta Pedro Madueño

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-05-0

Depósito Legal B 20606-2021

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Josep Corbella, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares.

Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando..

Lo recuerdo levantando el brazo y agitando el puño en el aire como quien celebra una victoria de su equipo.

—¡Bien! —exclamó.

Fue a finales de los años noventa, no recuerdo el año exacto, en su pequeño despacho del Hospital Vall d’Hebron, en Barcelona. Una sala de ocho o diez metros cuadrados con una ventana que daba al oeste, oscura por las mañanas y llena de luz por las tardes.

Tenía allí una mesa de despacho llena de papeles entre los que había conseguido encajar una gran pantalla de ordenador y un teclado. Había una mesa redonda más pequeña para reuniones con tres o cuatro sillas alrededor, también llena de papeles. Y en las paredes, estanterías con más papeles. Libros de medicina, revistas científicas y carpetas con artículos de investigación sobre el cáncer. Les hablo de la prehistoria, de antes de la eclosión de internet.

Yo había ido a entrevistarle, como en otras ocasiones, para un artículo que se iba a publicar en *La Vanguardia*. Le estaba preguntando sobre los nuevos tratamientos para el cáncer de mama en los que él trabajaba. A mitad de la entrevista llamaron a la puerta. Entró un hombre

joven con bata blanca. Un médico de su equipo, supuse, no lo conocía.

—Doctor, disculpe la interrupción, creo que es importante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Baselga.

—Han llegado los resultados.

Baselga cogió el informe que el joven traía.

—Perdona —me dijo—. Déjame mirar esto un momento.

Pasó las páginas una a una, examinándolas con concentración extrema. Por un momento el despacho quedó en un silencio submarino. Baselga se había abstraído del mundo. El joven médico, que se había quedado de pie junto a la mesa, parecía no atreverse ni a respirar. Yo tampoco, hubiera parecido un sacrilegio. Y, de repente, se le dibujó una gran sonrisa triunfal, levantó el brazo en el aire y exclamó:

—¡Bien!

El informe contenía datos de una paciente con cáncer de mama que había recibido un fármaco experimental en un ensayo clínico. El fármaco se había diseñado para atacar específicamente células tumorales. Nadie sabía si sería eficaz ni qué efectos secundarios tendría. A la paciente le habían propuesto ensayar el fármaco porque no tenían ninguna alternativa mejor que ofrecerle. Después de la quimioterapia y la radioterapia, no le quedaban más opciones de tratamiento y las células tumorales continuaban proliferando. Pero respondió al fármaco experi-

mental y su cáncer dejó de progresar. Por un tiempo por lo menos.

Debían de ser las cuatro o las cinco de la tarde. No recuerdo el año, pero sí la hora. Por la ventana de su despacho entraba un rectángulo de sol. Una pequeña sala oscura por las mañanas y llena de luz por las tardes. Una metáfora del futuro de curación hacia el que Baselga estaba convencido de que nos podía llevar.

Uno no hubiera pensado, al entrar en aquel pequeño despacho, que se pudiera cambiar el mundo desde allí. Baselga sí lo pensaba.

Recuerdo otra entrevista, muchos años más tarde. Año 2015, de este sí me acuerdo, he comprobado la fecha en el archivo de *La Vanguardia*. Teníamos una sección semanal de entrevistas en la que invitábamos a científicos de cualquier área a explicar la trastienda de la investigación. A explicar cómo surgen las ideas, cómo trabajan en equipo, qué les interesa más allá de su trabajo... Un pequeño autorretrato en veinticinco preguntas. Cuestionario Big Vang, lo llamábamos.

Pregunté a Baselga qué le hubiera gustado ser de no haber sido médico.

—Empresario —contestó sin titubear.

—¿Empresario? ¿En serio? —Esta respuesta aún no me la había dado nadie—. ¿Por qué?

—Los empresarios son los que cambian el mundo, los que crean cosas nuevas.

Baselga tenía un plan para cambiar el mundo. Más que un plan, creo que tenía una misión. Su misión era conseguir que el cáncer dejara de ser una enfermedad

devastadora y se pudiera tratar con éxito en la mayoría de los pacientes.

A finales de los años noventa, en su pequeño despacho del Hospital Vall d'Hebron, ya tenía su hoja de ruta en la cabeza. Sabía qué pasos habría que dar y anticipaba qué dificultades podrían surgir.

Y cuando levantó el brazo en señal de victoria, creo que no se alegraba solo por la paciente en la que el tratamiento había funcionado. Se alegraba por todas aquellas otras pacientes en las que también funcionaría. Y porque era un pequeño paso adelante en esa larga ruta hacia el día en que la mayoría de los cánceres se podrían tratar con éxito.

—Esto es precisamente de lo que estábamos hablando —dijo cuando acabó de revisar el informe de la paciente—. Si comprendemos cómo funcionan las células del cáncer y cuáles son sus puntos vulnerables, podemos desarrollar terapias dirigidas contra estos puntos vulnerables y atacarlas de manera selectiva.

Era el mayor de cuatro hermanos. Decía que en su casa se hablaba a menudo de medicina a la hora de comer. Su padre era médico y su madre, enfermera. Les entusiasmaba tanto su trabajo que se sentaban a la mesa y hablaban de silicosis.

Su padre y el mío se conocían bien. Los dos fueron médicos forenses, los dos realizaron autopsias durante años, los dos se dedicaron a la medicina del trabajo. Trayectorias paralelas. Los dos se preocuparon por la salud de los trabajadores y por la vertiente social de la medicina. Dos buenas personas con caracteres distintos. Se conocían y se respetaban, nunca llegaron a ser amigos. Pero todo eso Baselga y yo no lo sabíamos aún cuando nos conocimos en 1996. Yo, por lo menos, no lo sabía.

En su casa se hablaba de medicina a la hora de comer, en la mía no. Tres de los cuatro hermanos Baselga se dedicaron a profesiones sanitarias. En mi casa, donde también éramos cuatro, ninguno lo hizo. A mí nunca se me llegó a ocurrir que me pudiera dedicar a la medicina. No sé si a Baselga en su juventud se le llegó a ocurrir que pudiera dedicarse a cualquier otra cosa que no fuera la

medicina. Es una de las preguntas que ahora me gustaría haberle hecho.

Cursó la carrera en la Universitat Autònoma de Barcelona. Cuando tuvo que elegir especialidad, optó por un camino difícil. Oncología. En aquella época, principios de los años ochenta, a los oncólogos se les morían los pacientes. Poco podían hacer por ellos excepto prolongar su agonía y acompañarlos en el declive. Tampoco era una especialidad para hacerse rico. Para quien quisiera ganarse bien la vida, mejor hacerse oftalmólogo. Pero a Baselga nunca le importó si lo que hacía era lo que se esperaba de él o no. Hacía lo que creía que debía hacer.

¿Por qué oncólogo? Esta pregunta sí se la pude hacer. Fue en otra entrevista en el Hospital Vall d'Hebron, poco antes de que se marchara a vivir a Boston. Año 2010. El Hospital General de Massachusetts lo acababa de fichar para dirigir su División de Oncología y Hematología. Decidimos publicar un reportaje explicando su trayectoria en el *Magazine* de *La Vanguardia*.

El despacho en el que me recibió ya no era aquella pequeña habitación desde la que planeaba cambiar el mundo doce o trece años antes. El Servicio de Oncología de Vall d'Hebron se había ampliado y se había trasladado a la planta baja del hospital.

Su nuevo despacho era de otra dimensión, digno de un ministro. Ya no tenía la mesa llena de papeles. Tenía una pantalla de ordenador de las más grandes que se fabricaban en la época. Allí, al alcance de unos clics, tenía todo lo que necesitaba para pensar. Informes clínicos de pacientes, artículos científicos, información de ensayos clínicos... Tampoco tenía ya las paredes llenas de estanterías atiborradas de papeles. Había una sola estantería, sobria y elegante, con un manual de medicina interna, otro de biología molecular y poco más. Y había sustituido

la pequeña mesa redonda para reuniones con sus sillas desordenadas por una mesa baja rodeada de sofás. Lo que no había era ventana, aquella ventana por la que entraba frío por las mañanas y un sol de esperanza por las tardes.

¿Por qué oncólogo? He recuperado la respuesta tal como la publicamos en el *Magazine*. «Siempre me han apasionado los grandes retos de la medicina y en aquel momento empezaba a vislumbrarse que el cáncer podía ser el próximo gran avance. Era la segunda causa de muerte, se acababan de descubrir los primeros oncogenes humanos y se intuía que la ciencia empezaría a aportar respuestas. Me atrajo la grandiosidad del problema, el reto que suponía».

Pensaba en grande, era parte de su carácter.